

mar una medida radical reduciendo el total de sus gastos al de los ingresos, dió una vuelta por su casa y no encontró que suprimir más que una ensalada en la comida y un farol en el patio. Las economías realizadas en el presupuesto hasta ahora no equivalen a más. Y cuidado que por nuestra parte no creemos que las economías, que son el a b c de la ciencia, bastan por sí solas a salvar una situación. Podrán a lo sumo, servir para atravesar más fácilmente un período dado, para resolver un conflicto de momento, pero no para prosperar y desenvolverse un país.

Del Pacífico se han recibido noticias por la Mala inglesa, las cuales se reducen a decir que nada ocurre de particular. Esto mismo debiéramos repetir en nuestra revista; pero la verdad es que el no haber ocurrido nada, en el terreno en que ya se encuentra la cuestión, no deja de ser bastante. También se ha hablado en los círculos políticos de una nota que el general Lamármora ha enviado al Gobierno de España, protestando en nombre del de Víctor Manuel contra el espíritu de ciertos documentos relativos al reconocimiento de Italia, publicados con motivo de la discusión del discurso de la corona. La

trascendencia de esta cuestión es bastante grande, toda vez que al complicarse podrá hacer que resulte inútil un paso diplomático que ha dado margen a muchas discusiones, y en el que algunos partidos fundaban lisonjeras esperanzas.

Estos asuntos y algunas que otras noticias contradictorias, acerca de los corsarios, ocupan por el momento la atención de los círculos políticos, mientras los aficionados a otro género de novedades hablan de las próximas reuniones particulares, que se anuncian para la Cuaresma, y del nuevo drama *Doña Leonor de Pimentel*, estrenado en el teatro de Variedades por la Civil. Después del beneficio de Valero, en el que este eminente actor consiguió un nuevo y ruidoso triunfo con *La carcajada*, la representación de la obra del señor Valcárcel ha sido, sin duda alguna, el suceso más notable que en la última semana han ofrecido los teatros. *Doña Leonor de Pimentel* dista mucho todavía de ser una obra perfecta en su género. Fáltale a su autor experiencia de la escena y el conocimiento profundo del carácter de la época que trata de resucitar, condición la segunda que cada día se hace más indispensable en los dramas históricos. No obstante, algunos rasgos felices

diseminados en la obra, la galanura del estilo y la pasión con que están escritas ciertas escenas, contribuyen a que se califique esta producción de un feliz ensayo que deja presentir grandes triunfos al joven poeta que lo ha acometido. La ejecución de la obra por parte de la Civili justifica los aplausos que le prodiga el público, haciendo olvidar en parte la desigualdad del cuadro de actores que la acompaña y la escasez de recursos y de aparato escénico del teatro en que actúa.

Ultimamente, la Facultad de Medicina de la Real Cámara ha puesto en conocimiento de la presidencia del Consejo de ministros la enfermedad y la muerte del infante don Francisco de Asís y Leopoldo, cuyo cadáver, después de haber sido expuesto al público en una de las salas del Palacio, será conducido con la pompa y ceremonias de costumbre al panteón de El Escorial.

EL invierno se resiste a abandonarnos. En balde la primavera, con el calendario en la mano, aduce sus derechos a la presente estación; el frío, refugiándose en las últimas trincheras, despliega todo su aparato de nieves y granizos de lluvias y vientos, y quema los tempranos retoños de los árboles y arroja al suelo a sus adelantadas flores. La Cuaresma, ya bastante triste de por sí misma, con este aditamento de nubes y temporales nos tiene metido el corazón en un puño. Por fortuna, los teatros por un lado, y las reuniones particulares por otro, ofrecen un refugio a la buena sociedad madrileña, que se ve privada de asistir a sus paseos favoritos. La vida activa de la corte se ha reconcentrado en el interior de sus círculos especiales.

Tratemos de penetrar en algunos para trazar en un par de rasgos nuestra periódica revista.

Entre las fiestas musicales celebradas en los salones que tienen hoy el privilegio de reunir a lo más *fashionable* del gran mundo, debemos colocar desde luego la que ha tenido lugar últimamente en casa de la señora condesa de Montijo. El *Stabat Mater*, de Rossini, una de las más espontáneas y melódicas inspiraciones del célebre maestro italiano, ha sido interpretado en la reunión del domingo de un modo tan correcto y con una unidad y un buen gusto tales, que han sobrepujado a la ventajosa idea que los concurrentes tenían formada de antemano de esta *soirée* musical, juzgando por el nombre de las conocidas y elegantes aficionadas que tomaron parte en ella.

Las letras han tenido asimismo en la pasada semana ocasión de ser objeto de plácemes entre el círculo de sus apasionados. La Real Academia Española ha reforzado sus filas con un nombre célebre en nuestras discusiones parlamentarias, y que ha brillado y brilla aún en el foro como una de sus glorias. Aludimos al señor don Antonio Aparisi, elegido por voto unánime de los individuos de aquella respetable corporación para ocupar el sitio que ha dejado vacante, a su muerte, el ilustré marqués de Pidal. Sean las que fueran

las ideas políticas del señor Aparisi, nosotros felicitamos con toda sinceridad a la Academia por haber hecho recaer su elección en un hombre de corazón sano, de convicciones arraigadas y profundas, y cuyos méritos y extraordinarios talentos no pueden ponerse en duda.

La reunión literaria que ha tenido lugar en el gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional para hacer entrega del premio otorgado en el último concurso no ha sido menos satisfactoria para cuantos tuvimos el gusto de concurrir a ella. Presidía el acto el señor ministro de Fomento, asistiendo, a más del señor Silvela, director de Instrucción pública, y de algunas otras personas notables por su posición oficial, otras muchas conocidas por sus obras en la república de las letras. No hemos leído aún el libro del señor Alenda *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*; pero, a juzgar por el asunto, y creyendo que para merecer la distinción que ha merecido, deberá reunir las condiciones que un trabajo de esta índole exige, no dudamos que su lectura abrirá un ancho campo y ofrecerá datos preciosos para los estudios de trajes, usos y costumbres de nuestro país, así como de las artes y la literatura, que

tanto han contribuído siempre al mayor lucimiento de tales fiestas. En esta misma reunión, y después que el señor Harzenbusch dió cuenta en una luminosa memoria de los trabajos llevados a cabo en el ramo de bibliotecas y archivos, don Cayetano Rossell dió a conocer algunas de las cartas inéditas de don Leandro Fernández de Moratín cuya colección se ha mandado publicar por el ministerio de Fomento. Cuantos admiran la gracia, las dotes de observador profundo y la pureza de lenguaje que adornan al clásico autor de *El sí de las niñas* y *El Café*, están de enhorabuena con la publicación de estas epístolas, en las cuales Moratín trata los más variados asuntos con el estilo ameno, ligero y cómico que tan bien sienta a este género especial de literatura y que es seguramente el que con más facilidad manejaba.

Respecto a política también se nota alguna animación, y podemos decir como la criada de *El marqués de Caravaca*, de Ventura de la Vega, *¡Se charla, se charla, se charla!* En efecto, se charla en las Cámaras, se charla en los salones de conferencias, se charla en los casinos y en los cafés y en las esquinas, y mientras en estos corros y corrillos cada cual arregla el país a su modo y deja en pañales

al mismo Nostradamus. Respecto a profecías, los acontecimientos siguen su curso. Qué curso siguen estos acontecimientos es lo que no nos atreveremos a decir. *El Museo*, quizás cometiendo una indiscreción, se ha aventurado alguna vez a alargar el cuello y a meter un poco la cabeza por la entreabierta puerta de la política. Después de haberle dado repetidas veces, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos, ha decidido la enmienda, sentándose en el dintel para descansar un momento, y, una vez descansado, tomando el rumbo para otra parte.

El caso es que la semana anterior la política extranjera, única en que por un exceso de longanimidad se nos permite echar de vez en cuando un cuarto a espadas ha ofrecido tan poco asunto para nuestra revista, que será preciso hablar a nuestros lectores de otra cosa.

En París, por ejemplo, tanto o más que de los discursos de la Cámara, se habla en la actualidad de la llegada del abate Litz, el cual ha ido a dirigir personalmente el ensayo de su magnífica misa.

En Roma, después de haberse celebrado la tradicional ceremonia de la bendición de *La Rosa de Oro*, todo el mundo se deshace en con-

jeturas acerca del destino que se dará este año al simbólico presente con que Su Santidad obsequia al soberano que más se ha distinguido en la defensa de los intereses católicos.

Desde el curioso asunto jurídico que llama la atención en Londres, entablado por una señora particular que, fundándose en títulos valederos trata de que se la reconozca como miembro de la misma familia real inglesa, hasta el extravagante fenómeno ocurrido en un punto de América, donde otra individuo ha dado a luz en un solo parto a tres hijos varones, cada cual de una raza y de un color distinto, raro es el país que no ha ofrecido alguna cosa notable.

Sin embargo, la más notable es, y seguirá siéndolo aún muchos días, la coincidencia geológica que ha podido observarse últimamente por los que se dedican a este género de estudios. Al mismo tiempo que un movimiento volcánico ha hecho aparecer un nuevo islote en las costas de Grecia, el capitán de un buque que navega en los mares de Australia da cuenta de la desaparición de uno de los puntos señalados en la carta marina de aquellas regiones.

Unas veces con los sacudimientos de la tie-

rra, coincidiendo con la erupción de un volcán, en puntos lejanos entre sí; otras con estas inmersiones y apariciones que ofrecen cierta analogía en el fenómeno que las produce, nunca faltan a la ciencia arduos y difíciles problemas que resolver. De Francia, y por orden de su Gobierno, ha salido una comisión de hombres eminentes, con rumbo a Grecia, para estudiar esta cuestión. Veremos qué sacan en limpio.

Ahora, y trasladándonos a nuestro país desde la región objeto de esos estudios, diremos según costumbre, algunas palabras sobre teatros para terminar la revista.

En el Réal sigue Tamberlik recogiendo aplausos en *La Africana*; el nombre de *César* continúa apareciendo en los carteles del Príncipe; el teatro de Jovellanos es el único que acaba de ofrecer una novedad, si novedad puede llamarse al arreglo de una bufonada escénica que ya hemos visto antes de ahora representada en Madrid por una compañía de actores franceses.

Titúlase este arreglo *Los cómicos de la legua*, y como puede inferirse del asunto, mucho más sabiendo que toman parte en él Caltañazor y Arderius, creemos excusado decir

que es perfectamente a propósito para reir un rato.

Cuando en todos los terrenos se encuentran tantos motivos para afligirse, no nos parece completamente inoportuna la aparición de una obra que sólo aspira a regocijar el ánimo, aunque sea a fuerza de disparates. Los disparates tienen también su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia, por más que muchos prueben a hacerlo. Testigo el pobre Olona, que en su género, bueno o malo, pero indudablemente divertido, sigue siendo inimitable.

SIGUE el termómetro en pugna con el calendario. La primavera llega y el invierno no desaparece: de aquí resulta una anomalía estacional tan incómoda como insalubre.

De vez en cuando el sol rasga las nubes, la tierra, estremecida de placer bajo la impresión de sus besos de luz, se dispone a revestirse con sus más espléndidas galas; los árboles se cubren con sus primeras y transparentes hojas; los insectos, de oro y de colores, revolotean zumbando en torno a la flor de los tempranos almendros, y los habitantes de la coronada villa salen a disfrutar de las delicias primaverales a la Castellana o al Retiro; pero de pronto cambia la decoración: las nubes se amontonan, el viento Norte se desencadena y lo que comenzó en idilio acaba en catarro. El almanaque, inflexible como el destino, sigue su marcha al través de estas bruscas variaciones y marcando impávido las estaciones y

las solemnidades con la exactitud de un cronómetro nos lleva insensiblemente del Carnaval a la Cuaresma, de la Cuaresma a la Pascua, hasta llegar el día de San Silvestre, en que deja el puesto a otro año y a otro *ciccone* que con la misma imperturbabilidad continúa la tarea.

Siguiendo su itinerario nos encontramos hoy en la *Semana de Dolores*, que puede llamarse propiamente el dintel de la *Semana Santa*.

A medida que se aproxima la época en que la Iglesia conmemora los augustos misterios de nuestra redención, nótase una especie de recogimiento gradual, que de día en día va haciéndole más perceptible. La concurrencia a los teatros disminuye; el interés de los negocios públicos se debilita; hasta la actividad y el movimiento individual parece que se disponen a entrar en un período de quietud y de reposo. La meditación es hija de la calma y el silencio. ¿Y quién habrá tan incrédulo o tan indiferente que, como cristiano y como filósofo, no se sienta embargado, aun a su pesar, por las graves ideas que en estos días solemnes asaltan la imaginación? Los rumores de la vida política, la inquietud febril de la lucha de los intereses terrenales y el

ruidoso tráfago de la actividad humana, como las olas que vienen a morir en la orilla del mar, vienen en estos instantes a morir y a apagarse a las puertas del templo, que despliega todas sus pompas para cautivar y absorber el ánimo de los fieles. Una de las más grandes misiones del arte ha sido en todas las épocas levantar el espíritu por medio de sus obras a regiones elevadas, predisponiéndole a la concepción de cierto género de ideas. El catolicismo se ha valido de él como de un poderoso intérprete para llegar hasta el fondo del alma por medio de los sentidos.

En estos días más que nunca puede apreciarse hasta dónde contribuyen a la majestad y a la imponente belleza del culto las sublimes creaciones del arte cristiano. Considerada bajo este punto de vista, la Semana Santa de la corte no es la que ofrece más poderosos atractivos; pero la facilidad de las comunicaciones va generalizando tanto la costumbre de asistir a esta solemnidad en otros puntos célebres por el esplendor y la grandiosidad de sus ceremonias religiosas, que la mayor parte de la buena sociedad madrileña se divide entre Toledo y Sevilla, que con algunas capitales de provincia importantes justifican la fama que gozan en este concepto.

Las circunstancias que dejamos apuntadas han contribuído a que en la semana última encontremos pocas novedades de qué ocuparnos.

La cuestión de Chile ha ofrecido, no obstante, algún entretenimiento a la curiosidad pública. Según las últimas noticias recibidas, de las repúblicas del Ecuador habían hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los enemigos de España. En cambio de este suceso, que después de todo carece de importancia verdadera, pues el Ecuador sólo puede ofrecer a sus nuevos aliados estériles simpatías, la Mala del Pacífico nos ha traído una nueva favorable a nuestros intereses. La fragata peruana *Amazonas* y el vapor *Loa* han naufragado. Ignóranse aún los pormenores de este siniestro, del que, sin embargo, no puede dudarse, habiéndose recibido la noticia por diferentes conductos: sólo sabemos que el Gobierno peruano ha hecho prender a los capitanes de estos buques para abrir una información facultativa. No siempre la fatalidad ha de prestar ayuda a nuestros enemigos. El desastre de la *Amazonas* y el *Loa* viene a compensar en cierto modo la desgracia que nos hizo perder uno de nuestros más hermosos buques enfrente de las islas Chinchas.

Respecto a pérdidas casuales, puede decirse que estamos en paz y jugando. En la cuestión de honra algo se ha hecho, entregando a las llamas las embarcaciones mercantes apresadas; pero todavía esperamos que nuestra marina hará todo lo que exigen de ella sus gloriosos antecedentes y la esperanza que el país entero funda en su valor y heroísmo.

Los asuntos de política extranjera, que afectan más directamente a otras naciones, aunque a paso de tortuga, también van adelantando algo en su desenvolvimiento. Ya tenemos en campaña un candidato para el trono de los Principados, vacante por la forzosa abdicación del príncipe Couza. El emperador de Rusia propone para esta prebenda al duque de Leuchtemberg, que en la actualidad se encuentra en Italia. Los representantes de los diversos países que han tomado parte en las conferencias celebradas en París para arreglar este complicado negocio, no creemos que acordarán todos sus simpatías al candidato ruso, pues en pormenores de mucha menor entidad no han podido aún ponerse de acuerdo. Y lo que acontece en París respecto de la cuestión de los Principados del Danubio en la conferencia política, se reproduce en Constantinopla con motivo del itinerario de



las caravanas de la India en el Congreso sanitario. Si sólo hubieran asistido médicos a esta reunión salvadora, todavía juzgaríamos muy difícil que la ciencia, aun siendo ciencia, lograra ponerse de acuerdo consigo misma por medio de sus representantes; pero habiendo interpelado los diplomáticos con los doctores, el resultado de todo será seguramente el contenido del libro que leía Hamlet: *¡Palabras, palabras, palabras!*

En efecto: el Congreso sanitario discute aún acaloradamente sobre la marcha de las caravanas y los medios de precaución convenientes, y ya los peregrinos del Ganges comienzan a ponerse en movimiento y el cólera se cierne sobre algunos puntos del litoral del Mediterráneo. Mientras los médicos entran en acaloradas polémicas sobre el principio morboso generador del terrible azote, los diplomáticos han tenido tiempo de deslizar en medio de la discusión algunas frases alusivas a intereses políticos de este o aquel país, ocultas bajo el manto de la filantropía, y he aquí lo bastante para que las conferencias científicas, de las cuales tanto esperaba la humanidad, terminen, según la gráfica expresión del vulgo como merienda de negros.

El *bill* de reforma electoral presentado a

las Cámaras británicas promete asimismo ser objeto de largas y acaloradas controversias por parte de los representantes del país. Desde luego, el proyecto de reforma sólo hace aplicación de los nuevos derechos a Inglaterra excluyendo la Escocia y la Irlanda. Estas restricciones, a más de aumentar la exasperación de los países a que se refieren, son acogidas con evidente disgusto entre los radicales, a quienes no impone la obligación de callar el interés del Gobierno. Por su parte los conservadores han celebrado un *meeting* con asistencia de todas las notabilidades del partido en el cual se acordó presentar la batalla al Gabinete en ambas Cámaras. Acerca del resultado de la campaña parlamentaria que se inaugura con el *bill* de reforma, se hacen muchos comentarios, no faltando quien se anticipe a predecir la derrota del Gabinete.

Estas levantadas y luminosas discusiones del Parlamento inglés y las que actualmente tienen lugar en la Cámara francesa a propósito del debate sobre libertades públicas, ocuparán en primer término y durante algunas semanas la atención de los que siguen con interés el curso de la política extranjera.

Dejando nosotros este terreno por ahora, y

volviendo los ojos a nuestro país para terminar la revista ocupándonos de algo menos árido y enojoso que los asuntos políticos, vamos a decir dos palabras acerca de las novedades literarias y científicas de que hemos tenido conocimiento durante la semana última.

Pocas son estas novedades, aunque algunas de ellas de verdadero interés. La Junta de Archivos y Bibliotecas ha acordado la formación de un museo arqueológico donde se reunan y custodien los tesoros que poseemos de este género, casi abandonados y esparcidos sin orden en diferentes establecimientos públicos. La importancia de esta determinación creemos inútil encarecerla, pues aunque no parece que viene un poco tarde, y cuando ya los traficantes y especuladores han hecho desaparecer los objetos dignos de estima, así en muebles, armas y medallas, como en pinturas, códices y trajes de que tan rico era hace pocos años nuestro país, todavía reuniendo lo que se conserva y haciendo adquisiciones por medio de personas inteligentes, podrá formarse un museo de grande utilidad para el estudio de escritores y artistas. Y ahora que de museos hablamos, parécenos ocasión oportuna de dar, por último, cuenta a nuestros

lectores de la aparición del *Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de Pinturas*, formado por don Gregorio Cruzada Villaamil. Sólo teniendo conocimiento de la falta de datos y noticias acerca del origen y procedencia de estos cuadros, falta con que ha tenido que tropezar desde luego el señor Cruzada al emprender su tarea, puede apreciarse debidamente la diligencia exquisita, la perseverancia y el buen acierto con que la ha llevado a cabo. El Catálogo del Museo Nacional, por el orden con que en él se encuentran clasificadas las producciones de las diferentes escuelas que lo componen, por las noticias biográficas de los autores que contiene, y el tino con que, aunque ligeramente, se juzgan sus principales obras, puede servir de materia importante para la historia de la pintura española, sobre la cual tan poco se ha escrito aún, a pesar de la merecida fama que goza entre nacionales y extranjeros.